

Vicente González Aramayo Zuleta

Juan de los Indios

Capítulo X

Los saldos de aquella febril noche de amor fueron dolorosos para los amantes. El sacrilego adulterio era un cargo muy grave para sus conciencias: se habían puesto sobre los hombros una cruz tan pesada que apenas podían sostenerla.

Las noches para Vicenta eran largas y tortuosas. Anegábase en llanto silencioso sin consuelo de nadie. El anciano recuperaba lentamente de sus dolencias y dormía ya más tranquilo. Ella hubiera deseado desesperadamente contarle todo a alguien pero se ponía una cruz en la boca pensando que ese terrible secreto debía sepultarse para siempre, no obstante le producía vértigo recordar que debía decirselo necesariamente a su confesor.

Juan el Indio también vivía atribulado por la conciencia. Sin embargo, reptando como una traidora culebra ascendía desde sus centros inferiores el súcubo de la lujuria, y ambos eran presas de gran agitación sexual en sus soledades.

Era fines de octubre y mejoraba el clima en Potosí. Vicenta solía sentarse en el corredor del piso alto por cuyos arcos medio-punto y columnas románicas entraba el sol de la mañana a raudales hasta ella. En los días siguientes a su desborde pasional redobló su atención hacia su anciano esposo como queriendo mitigar su grave pecado. Ya no repitieron a jugar haciendo el amor, el mayor de los juegos pasionales, pero a ambos ganas no les faltaba. Experimentaban una lucha interna entre el demonio rojo de Seth y el ángel puro de la castidad, entre la voluptuosidad cínica y la piedad, entre la concupiscencia y la templanza.

Venció empero el demonio rojo de la perdición. El amor de pecado. Cuando la guapa Vicenta, decidida a todo, dispúsose a llamar a Juan a una nueva cita amorosa, enteróse que el indio debía retornar a la finca ese próximo viernes; es decir dentro de dos días. ¿Entonces en dónde construir de nuevo el nido de amor? Para colmo don Bartolomé se había restablecido completamente de su gota y se veía más saludable que antes. Esto podía medirse por la agilidad que demostraba al actuar y hacer las cosas. Su sueño era tranquilo pero liviano... Ella no podía arriesgar tanto, de modo que de nuevo un alarido ahogó dentro de su ser.

- ¡Juro que amo a este indio... que lo deseo, que lo amaré y desearé toda mi vida... que si no soy suya no tiene sentido la vida! Pero... ¿Dónde iremos a vivir nuestro amor? ¿Habrá algún sitio en el Perú donde nadie sepa quiénes somos y donde nadie nos moleste? Ahora... ¡Se marcha! ¿qué será de mí?

Vicenta apenas probaba bocado; dormía mal y adquirió la actitud de quedarse abstraída por mucho tiempo como si fuese una estatua. Parecía presa de una monomanía que no pudo ser pasada por alto por su esposo. El viejo era observador; entrenado en las lides de la vida a conocer a la gente por haber vivido mucho, optó por preguntarle:

- Esposa mía, desde ya hace varios días te noto pensativa, triste y hundida en profundas cavilaciones. ¿te ocurre algo grave?

- No mi bien - respondió ella como despertando de un ligero letargo; os parezco triste y no tengo por qué estarlo; os parezco pensativa y sólo pienso en la felicidad que me habéis proporcionado, y lo que os parece cavilaciones no son sino apreciaciones sobre la felicidad que he alcanzado a vuestro lado y que hasta hace poco no supe valorar.

El anciano no preguntó nada más; silencioso bebió a sorbos pequeños su acostumbrada infusión de algunas hierbas, como lo hacía todos los días, y se relajó a los rayos del sol por espacio de una hora.

El viernes de madrugada salió Juan de los Indios rumbo a Macha. Iba acompañado de Mateo, otro indio pegujalero de la finca. Ambos iban montados en mulas y buena colación para el camino. Al ruido que produce el chocar de los cascos de hierro de ambas acémilas sobre el empedrado de la calle, Vicenta despertó y saltando con su camión transparente a través del cual se le veía nitidamente sus formas de mujer exquisita, asomó a la ventana que daba a la calle. Desde allí vio alejarse a Juan y a su acompañante. El viaje de Juan era un acontecimiento inevitable; ella lo sabía, pero no quería aceptarlo.

- ¡Lo amo... lo amo... lo deseo! - repitió quedamente pero angustiada-. No tengo valor para soportar su ausencia. Ahora ni siquiera siento amor filial por mi esposo... es injusto decirlo pero me da asco vivir junto a él y vergüenza cuando me luce en la calle como a una joya comprada. Más debo agradecerle a don Bartolomé, mi esposo, sólo por haberme respetado y no haber intentado nunca agitarse sobre mi vientre y mi pecho. ¡Eso ya no habría soportado, aún sabiendo que él estaba en su derecho!

Desde aquel día la guapa Vicenta acrecentó sus disimulos fingiendo no hacer ver lo que hacía, y sus simulaciones, o haciendo para los demás lo contrario de lo que realmente hacía. Sólo de ese modo podía sustraerse a la atención falcónica del viejo astuto. Su actitud delante de él era como resistir en la boca un remedio amargo, soportarlo mientras se está delante de alguien, e ir a escupirlo desesperada cuando ya no se está.

Resulta casi imposible describir la tristeza infinita que se apoderó de la bella Vicenta. Estaba realmente enamorada de Juan y, le parecía absurdo que, habiendo allanado todos los obstáculos, sacrificado los más excelsos valores que puede poseer una mujer de su condición y, habiéndolo finalmente arrojado al fuego incluso su credo cristiano, ahora, la causa de todos esos sacrificios se haya ido para siempre.

Su sangre alborotada por las noches le golpeaba las sienas y agitaba su pecho. Se retorcia en la cama presa del deseo como gata en el tejado y, juntando sus manos en actitud de oración formando con ellas una ojiva la dirigía hacia su triángulo velloso y las oprimía con sus muslos ardientes, mientras toda ella palpitante repetía:

- ¡Oh Juan!... ¡Oh amor mío! ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué tiene que ser el

Vicente González Aramayo Zuleta

Abogado, cineasta, escritor y dibujante. nació en 1934. Asistió a cursos de especialidad en materias de Derecho y Cinematografía en España y Cuba.

Publicó: Nociones de Derecho, Derecho romano, Apuntes de la Historia de la Cultura, Apuntes de Derecho Social del Trabajo, Breve Historia de la Industria Orureña, El Guión Cinematográfico y Juan de los Indios (novela histórica)



tiene además publicaciones sueltas en diarios y revistas nacionales.

Como cineasta, tiene en su haber, películas como: Hace muchos años, Dónde estás Pedrito, Sortilegio del Carnaval (relativo al Carnaval de Oruro), etc.

Actualmente, es Asesor Jurídico de la COMIBOL y miembros de número de la Unión Nacional de Poetas y Escritores, filial Oruro.

destino tan duro y cruel y separarnos así?

Juan Huallparrimachi, allí en la tibia finca donde las flores espontáneas, las flores del campo ya se abrían; allí donde las mariposas iniciaban su vuelo de amor revoloteando alegres y persiguiéndose; donde el rumor del agua del río es música y donde los pájaros ofrecen sus conciertos todo el día... no era feliz. Ya no tenía ojos para las bellas cosas de la naturaleza, miraba hacia dentro de sí, pero vivía con la esperanza de recuperar un día quizá no lejano, a su amada Vicenta.

Una pasión así tronchada por la separación es sin duda un tormento para los amantes de todos los tiempos y todas las latitudes más aún si se produce en los tiempos de Vicenta y Juan.

La época colonial ha debido ser el período donde se hizo más patente y crucial la lucha de clases, porque allí primaban tres aspectos preponderantes: el prejuicio racial, las supersticiones y, el elevado concepto del honor. En los tres casos los hombres eran hiperbólicos e intransigentes. Una infidelidad como la de doña Vicenta era muy condenable y en el momento de la condenación ningún juez se detuvo a pensar que los seres humanos son de carne y hueso y no de madera. Vicenta era bella y joven, por tanto curiosa de los placeres del amor; por eso nadie tampoco analizaba el hecho de que su unión con Bartolomé resultaba una aberración. Ya casados, así, con esa incongruencia orgánica, correspondía a la mujer la lealtad absoluta.

¡Pobres Juan y Vicenta... su amor era imposible!

Relatividad

(Cuento)

I

Trátase de una ciudad grande, porque no puede ser de otra.

En un barrio pintoresco de residentes risueñas por lo adornado de sus balcones, ventanas y puertas, lo mismo que por sus jardines amén de perros de raza que husmean por entre las verjas, vive una guapa muchacha llamada María Luisa, exactamente a una cuadra de su casa vive otra dama no menos atractiva pero, ya casada con prole y entrada en carnes; en sus tiempos, diríamos más bien, a la edad de María Luisa había sido una beldad que electrizo a muchos y fue en varias ocasiones ya reina, ya compañera predilecta etc., etc., de muchos clubes ora, felizmente casada se dedica completamente a su familia al mismo tiempo que trabaja en un banco.

María Luisa también trabaja en una tienda de comercio por el centro de la ciudad, estaba en sus veinticinco floridos años. Los muchachos no la dejaban en paz con sus requerimientos; ella jovial del mismo modo que sensual, juguetaba con todos sin decidirse aún a tomar el futuro en serio. Se sabía hermosa y joven y eso la hacía feliz pero la ensorberbecía.

II

Todas las mañanas y todas las tardes, como las dos mujeres trabajaban, solían salir de sus casas casi a la misma hora para abordar a un ómnibus dos cuadras más adelante, el mismo que atestado como una lata llena de sardinas debía conducirlos al centro como a tanta gente.

En esta travesía de dos cuadras a pie casi siempre María Luisa iba detrás de la hermosa pero ya robusta dama; quizá esta no reparaba siquiera en María Luisa, pero ella se complacía en dar rienda suelta a su ego lujurioso y soberbio repitiendo mentalmente:

- Esta fue una vez hermosa, pero ya es vieja y gorda, yo soy esbelta y bonita, soy yo la reina...

Mientras esto repetía, giraba su lengua en torno a sus rosados y carnosos labios mientras una sonrisa picaresca avivaba su rostro y resplandecían sus ojos.

III

Cada que iba detrás de aquella señora, María Luisa tenía ese mismo afán, repetir mentalmente aquello girando su lengua en torno a sus rosados y carnosos labios mientras una sonrisa picaresca avivaba su rostro y resplandecían sus ojos.

Quizá podía decirse que este era uno de los motivos de absoluta felicidad. Tenía una casa cómoda, padres jóvenes y buenos, no había problemas conyugales, alimentos abundantes, diversiones, se había graduado como secretaria en un Instituto, viajó por Europa y lo que es mejor: era joven y bella. De ahí que agigantado ese sentimiento se complacía con aquella actitud a las espaldas de su vecina...

Pero cuánto dura esa belleza, esa juventud y esa seguridad?

Una mañana en que saliendo de su casa iba como siempre detrás de la buena dama de marcas se le ocurrió casi como nunca mirar hacia atrás vió a una adolescente de unos dieciséis años, bella como un sol que giraba su lengua en torno a sus rosados y carnosos labios mientras una sonrisa picaresca privaba su rostro y resplandecía sus ojos...